

El desarrollo: ¿para qué y para quienes?

Julien Vanhulst¹ y Alejandra Duarte Vera²

Introducción: una provocación para pensar el desarrollo y sus alternativas

La idea de “desarrollo” es el último avatar de la construcción de la civilización occidental moderna (secular, tecno-científica, industrial, capitalista y de consumo). En efecto, a partir de mediados del siglo XX, asume el lugar de las ideas en torno al “progreso”, el “crecimiento”, la “modernización” o la “revolución”, al mismo tiempo que las trayectorias socioeconómicas globales se reorganizan en relación al ideal regulativo del “desarrollo” (Beling & Vanhulst, 2019). En este sentido, el “desarrollo” puede entenderse como un discurso históricamente contingente, que –basándose en una visión económica del mundo y una caja de herramientas gestionada por expertos– definió una jerarquía entre naciones en términos supuestamente objetivos, en torno a indicadores como el crecimiento de la producción y el ingreso per cápita, la escolarización, la expectativa de vida de los individuos, o la existencia de ciertos regímenes de propiedad y de ciertas instituciones políticas y comerciales (Rist, 2002).

Tradicionalmente, la “era del desarrollo” está asociada al discurso de investidura del presidente estadounidense Harry Truman en enero de 1949. El punto IV de su discurso se refiere, por primera vez, a la necesidad de aportar una ayuda económica a las naciones calificadas de “subdesarrolladas”. A partir de este momento, el sentido común de la palabra desarrollo será modificado e insertado en la antinomia Desarrollo/Subdesarrollo³, al mismo tiempo que se instaura un programa mundial para

¹ Académico de la Escuela de Sociología e investigador del Centro de Estudios Urbano-Territoriales, Universidad Católica del Maule.

² Estudiante de Sociología, Universidad Católica del Maule.

³ Sin embargo, el principio de grados de desarrollo se encuentra ya en el artículo N° 22 del pacto de la Sociedad de las Naciones (luego de la Primera Guerra Mundial); y los principios del desarrollo están enunciados en la Carta del Atlántico firmado entre Franklin Roosevelt y Winston Churchill el 14 de agosto de 1941.

el desarrollo que sigue vigente hasta hoy⁴. Esta nueva ideología del desarrollo aparece en el contexto de la guerra fría y supone que los países “subdesarrollados” deben orientar su trayectoria en la vía del desarrollo trazado por el Occidente “desarrollado”.

Así, se consolida a mediados del siglo XX una visión del desarrollo como un proceso de evolución lineal, esencialmente económico, mediado por la apropiación de recursos naturales, guiado por diferentes versiones de eficiencia y rentabilidad económica, y orientado a emular el estilo de vida occidental. Lo que se reforzará con el empuje “neoliberal”, a partir de los años 1970-80, que profundiza las ideas convencionales de industrialización, modernización social, expansión del mercado y una cultura volcada al consumo (Beling y Vanhulst, 2019).

La idea de desarrollo se ha instalado como un significante flotante en torno al que se construyó y consolidó el imaginario sociopolítico global, asociado a la promesa de un futuro siempre mejor para todos; se impone como un ideal positivo y deseable que permite superar las condiciones de miseria y mejorar la calidad de vida de todos. En el transcurso de las siete décadas de la era del desarrollo, aparecieron una serie de adjetivos que expresan los necesarios matices históricos de una misma idea matriz: desarrollo endógeno, etnodesarrollo, ecodesarrollo, desarrollo a escala humana, desarrollo humano, y el desarrollo sostenible. Sin embargo, el fundamento monolítico occidentalista, economicista y naturalista del “desarrollo” rara vez fue puesto en entredicho.

El taller *“El desarrollo: ¿Para qué y para quienes?”* nace como una propuesta para reflexionar colectivamente sobre las contradicciones derivadas de la instauración del programa político del desarrollo en Chile y de su normalización generalizada a pesar de los resultados no siempre coherentes y positivos de las políticas de desarrollo. Lo anterior, ha tenido especial relevancia en el contexto de estallido social en Chile, particularmente visible a finales del año 2019, que (in)directamente puso en tela de juicio tanto el modelo como la institucionalidad del desarrollo vigentes; pero también ha evidenciado el aferramiento al ideal regulativo del desarrollo tanto por parte de la élite política (que defiende su programa) como de la ciudadanía (que adopta una postura ambivalente entre crítica al desarrollo y demanda por democratizar el desarrollo). Más allá de las contradicciones internas al movimiento, este escenario de crisis social abre un claro momento de deconstrucciones instituyentes que permiten reflexionar sobre el desarrollo.

⁴ Particularmente expresado, en la actualidad, en los llamados “Objetivos del Desarrollo Sostenibles” de la Organización de las Naciones Unidas (ONU).

De esta manera, en un primer momento del taller, propusimos repensar la idea de desarrollo analizándola desde las dimensiones que la componen tales como: económica, social/humana, ecológica, cultural, local y territorial, entre otras. Entre estas, la dimensión material/económica asume una particular predominancia en el imaginario social, condicionando de cierta manera la idea de progreso (hacia un futuro mejor), muchas veces reproduciendo el modelo cultural occidental. Como en el resto del mundo, en Chile la idea de desarrollo se instaló como eje orientador de la agenda política en la segunda mitad del siglo XX, convirtiéndose en la “eterna promesa” de igualarse a los países “desarrollados”, insistiendo en ideas en torno a la modernización, prosperidad, mejoramiento en los niveles de vida, integración y erradicación de la pobreza. Es así como un simple ejercicio de análisis de algunos discursos presidenciales destaca esta eterna promesa de llevar Chile a ser un país desarrollado. En el año 2000, Ricardo Lagos anuncia: “Estamos aquí en un nuevo milenio. En menos de una década cumpliremos 200 años como nación libre, como nación soberana. Propongo una gran tarea común para esa fecha: llevar a Chile al máximo de sus posibilidades para tener en el 2010 un país plenamente **desarrollado** e integrado”. Y en 2010, Sebastián Piñera posterga la promesa: “Esta nueva década [...] será recordada como una de las más decisiva en la historia de Chile. Porque antes que esta década concluya, Chile habrá alcanzado el **desarrollo** y superado la pobreza”. Al parecer, definitivamente no se cumplieron las promesas y, en 2014, Michelle Bachelet inicia su segundo mandato aseverando que “es hora de iniciar juntos el camino a una nación **desarrollada** y justa, moderna y tolerante, próspera e inclusiva”, siguiendo la senda del eterno programa inconcluso del desarrollo. Incluso actualmente, el programa del segundo gobierno Piñera (2018-2022) reitera la promesa retórica del desarrollo, asumiendo como misión “transformar a Chile en ocho años (sic) en un país **desarrollado** y sin pobreza”.

Y ¿qué pasa hoy?, después de 70 años de política de “desarrollo”, de la consolidación de un ideal universal(izado) siempre postergado y no siempre positivo, algo como un espejismo del desarrollo. Simultáneamente a su normalización, aparecieron nuevas preocupaciones sociales, ambientales y culturales que obligaron a definir programas de “desarrollos alternativos” (sustentable, humano, etc.) y, últimamente, vemos aflorar críticas más profundas y una cierta reapropiación de la idea misma de futuro, que implican pensar en “alternativas al desarrollo” (Escobar, 1996). Algo de eso aparece en las demandas sociales en Chile a finales del año 2019, visibilizando una serie de problemas que nacieron de la precarización de las clases medias, de las crecientes desigualdades económicas, políticas y sociales, del etnocentrismo, de la depredación del medio ambiente y de lo vivo, entre otros; y

cuestionando la forma en que el gobierno se muestra internacionalmente como el “buen alumno del desarrollo” o “el oasis dentro de Latinoamérica”.

¿De qué forma y bajo qué argumentos Chile se construyó una imagen de buen alumno del desarrollo? En principio, se pueden destacar indicadores como el Producto Interno Bruto (PIB)⁵ y el Índice de Desarrollo Humano (IDH)⁶, como datos empíricos que permiten mostrar a Chile como un país próspero económicamente y socialmente, ubicándose en los primeros lugares del ranking Latinoamericano. Estos datos, y más generalmente la política económica de Chile, ha permitido al país entrar a la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económicos (OCDE)⁷, comparándose así con los países “desarrollados”, consagrando los buenos resultados de su política de desarrollo. Y, sin embargo, el modelo chileno, supuestamente ejemplar, ha quedado expuesto de manera muy paradójica con la crisis social desatada a finales del año 2019. Lo que se considera como la mayor crisis social desde la dictadura muestra, por primera vez tras muchos años de ceguera y silencio, profundas desigualdades e injusticias que venían acumulándose, dejando en evidencia problemas en torno a la educación, la salud, las pensiones, es decir, a los pilares fundamentales del bienestar social. Las protestas, los mensajes, los gritos, las demandas y reivindicaciones del 18 de octubre dan cuenta de un desarrollo insostenible, donde los principios de crecimiento material, social y económico se ven contrapuestos frente a las problemáticas que se han relevado por la mayoría de las personas del país: la cara oculta del desarrollo, las sombras del oasis chileno, el “maldesarrollo”.

De esta manera podemos identificar una serie de consecuencias del maldesarrollo en Chile, que han desatado el malestar social expresado en las diferentes marchas y protestas a lo largo del país. Desde una perspectiva económica, las protestas dejaron al descubierto las grietas del modelo neoliberal, el cual ha permitido que exista una distribución de la riqueza muy desigual, donde, por el ejemplo, el 1% de la población concentra el 26,5% de la riqueza total del país. Es así como el modelo de desarrollo

⁵ En macroeconomía, el Producto Interno Bruto es un indicador que expresa, en valor monetario, la cantidad de producción de bienes y servicios intercambiados en el mercado en un país o una región durante un periodo determinado, generalmente un año.

⁶ El Índice de Desarrollo Humano es un indicador compuesto, elaborado por el Programa de las Naciones Unidas por el Desarrollo (desde 1990), que agrega indicadores relativos a tres dimensiones del desarrollo: salud (la esperanza de vida), educación (la tasa de alfabetización de los adultos y promedio de años de escolaridad) y económico (la paridad del poder adquisitivo en dólares por habitantes).

⁷ La Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económicos es un organismo de cooperación internacional integrado por 36 estados, y que tiene por objetivo coordinar sus políticas económicas y sociales. En América Latina, sólo México y Chile entraron al club de la OCDE. Los países miembros se reúnen para intercambiar información y armonizar políticas con el objetivo de maximizar su crecimiento económico.

neoliberal ha impactado negativamente los derechos básicos de las y los chilenos, comodificando⁸ lo vivo y mercantilizando el conjunto de las relaciones sociales. En respuesta, las exigencias expuestas por la población son muchas y diversas, entre estas: un acceso universal a una educación de calidad, el derecho a la salud, la garantía de pensiones dignas, el fin al lucro a partir de los servicios básicos y proponer parámetros solidarios para su suministro, la protección y la desmercantilización de la naturaleza, el reconocimiento del Wallmapu (o la nación mapuche) libre, etc.

Pareciera que nos hemos parado a cuestionar el desarrollo, pero ¿qué tanto somos capaces de pensar fuera del principio rector que ha colonizado nuestros modos de pensar, sentir y actuar desde más de medio siglo? ¿Qué tipo de desarrollo queremos?, ¿cuáles son las demandas en torno al ideario del desarrollo en un momento donde se lucha por el bienestar de todos? Y ¿quiénes son los responsables de asegurar el desarrollo o de proponer nuevos caminos fuera del desarrollo? Para pensar un nuevo pacto social es necesario no solo interpelar a los dirigentes políticos y la élite económica, sino cuestionar también nuestros propios modos de vida. De esta manera, surge la pregunta: ¿qué tanto podemos pensar en otra utopía cuando estamos todos inmersos en el relato del desarrollo? ¿Queremos que se cumplan las promesas del desarrollo? o ¿Somos capaces de pensar alternativas al desarrollo?

Discusión en torno a la provocación inicial⁹

Posterior a la presentación inicial realizada por los expositores, se abrió un espacio de reflexión colectiva para pensar un nuevo pacto social, a partir de lo que se considera como condiciones básicas adecuadas para vivir una vida digna, los obstáculos para ello y propuestas concretas que nos permitirían romper las barreras para alcanzar el buen vivir.

Con el fin de poder definir de manera más clara las condiciones básicas para vivir una vida digna, se señala la necesidad de un “momento cero”, haciendo referencia a la capacidad de imaginar algo fuera del cerco del modelo de desarrollo dominante, requiriendo ciertas condiciones para abrir el ideario del desarrollo y pensar en nuevas alternativas. Primero, resulta necesario decolonizar la idea de

⁸ Commodificar es una traducción literal de la palabra inglesa “commodification”, que se refiere a transformar algo en “commodity”, en una mercancía.

⁹ El trabajo de sistematización del taller ha sido realizado por el profesor Julien Vanhulst, y los/las estudiantes Alejandra Duarte, Maximiliano Baeza, Romina Vejar y Francisca Obispo.

desarrollo, es decir, mirar lo invisible (lo invisibilizado por el modelo de desarrollo imperante), empujando las fronteras de lo posible. Por otro lado, se manifiesta la necesidad de no darle tanto crédito a los indicadores macroeconómicos del país, dado que no integran las diferentes dimensiones de la vida social, interfiriendo en la manera en que se expone el desarrollo tanto nacional como internacionalmente. Por último, se indica la idea de desfragmentar la vida comunitaria y pensar las interdependencias entre los actores humanos, y entre actores humanos y actores no humanos, es decir, con todo el tejido de la naturaleza biótica (las plantas y los animales) y abiótica (el agua, las rocas, la tierra, etc.).

Con eso, los mínimos necesarios para vivir una vida digna se encuentran en el orden de la calidad de vida objetiva, pero también en las condiciones subjetivas del bienestar. En referencia a la calidad de vida, los participantes señalaron que es necesario que existan viviendas para todos, con el fin de ir superando la segregación material y simbólica, relacionada con la estigmatización social existente en los diferentes barrios vulnerables del país. También se hace necesario tener como base una buena alimentación y educación en todos los niveles, con el fin de asegurar el bienestar de todos los jóvenes de forma transversal e independiente de su origen o clase social. En cuanto al aspecto laboral, se proponen remuneraciones justas para los distintos tipos de trabajos presentes en la sociedad. Por otro lado, en cuanto a las condiciones subjetivas, se indica la necesidad de reconstruir sujetos políticos, fomentando la salud física y mental, con el fin de repensar nuestros modos de vida de una manera más cooperativa y sana.

En cuanto a los obstáculos, los asistentes señalaron que algunos de estos se encuentran en el orden de las trampas del modelo socioeconómico (extractivista/capitalista), el cual favorece una cultura de gratificación instantánea (exitismo, clientelismo, amiguismo, entre otros), generando problemas de vocación profesional, pero también de acceso democrático a empleos en el modelo actual. También se observan barreras en el aspecto educativo, en torno a la segregación y la precariedad existentes en los diferentes niveles estudiantiles en el país. Aquí se hace una crítica a la educación de mercado y las brechas existentes entre colegios privados y municipales. Así mismo, se menciona la falta de capacidades de las personas para responder a los problemas de la vida colectiva, enfatizando en las posibilidades de apropiación del desarrollo a nivel local tras el fomento del trabajo cooperativo. De la misma forma se critica el individualismo, que puede observarse a partir de las dinámicas de consumo exacerbado motivado por el deseo de prestigio y estatus social.

Finalmente, las principales propuestas para superar los obstáculos y guiar un camino hacia el buen vivir están en el orden de reconstruir espacios instituyentes, vale decir, espacios de debates, deliberación y definiciones de lo que se quiere construir, de acuerdo a una base ética para reconstruir o volver a pensar el desarrollo en armonía con los otros y con la naturaleza. También se indica que se hace necesario tomar una perspectiva de soberanía territorial (local), intentando superar las relaciones de dominación (salir de la competitividad, exitismo y elitismo) y favorecer relaciones de colaboración bajo relaciones más comunitarias. Lo anterior permite evocar ideas en torno a la descentralización para la recuperación de la soberanía local, fomentando procesos de regionalización de las instituciones políticas. Para concluir, se presentó la idea de ir nacionalizando progresivamente los recursos naturales de país, haciendo énfasis además en potenciar el trabajo campesino intentando realzar las economías cooperativas.

En el trasfondo de los debates facilitados en el taller, encontramos los grandes debates históricos inconclusos en torno al desarrollo: la consideración de la "multidimensionalidad" del espectro del desarrollo (el caleidoscopio del desarrollo a menudo reducido a la dimensión económica/material)¹⁰; la consideración de las "necesidades básicas"¹¹ y la construcción colectiva de "satisfactores" de estas necesidades por las personas para las personas, por la vida, para la vida; la necesidad de democratizar la democracia, de abrir la economía, la educación y nuestras prácticas cotidianas; la necesidad de potenciar las "capacidades"¹² y ampliar las "libertades" para parar a mirarnos, tejer nuevos espacios instituyentes emancipadores en espacios locales enlazados con lo global. Si el desarrollo es un significativo flotante abierto, queda por ver si somos capaces de llenarlo de contenido acorde con las reivindicaciones por un mejor futuro, de lo contrario, será necesario pensar alternativas fuera del desarrollo.

¹⁰ La multidimensionalidad del desarrollo ha sido introducida por varias voces disidentes en el coro del desarrollo, entre ellas: François Perroux, Dudley Seers, Henri David Thoreau, John Ruksin, pero también Mahatma Gandhi, U Thant, así como todos los defensores de una sustentabilidad socio-ecológica (*i.a.* Rachel Carson, Barbara Ward, Ignacy Sachs, Maurice Strong, Denis Meadows, para mencionar unos pocos precursores).

¹¹ El enfoque de las necesidades ha sido desarrollado particularmente por Manfred Max-Neef en Chile.

¹² El enfoque de capacidades y la idea de "desarrollo como libertad" ha sido desarrollada por Amartya Sen y Martha Nussbaum en los años 1990.

Bibliografía

- Beling, A. E., y Vanhulst, J. (Eds.). (2019). *Desarrollo non sancto: La religión como actor emergente en el debate global sobre el futuro del planeta*. México D.F: Siglo XXI Editores México.
- Escobar, A. (1996). *La invención del Tercer Mundo: Construcción y deconstrucción del desarrollo*. Bogotá: Editorial Norma.
- Rist, G. (2002). *El desarrollo: Historia de una creencia occidental*. Madrid: Catarata.